

## *Una memoria de Europa*

ESPERANZA YLLÁN CALDERÓN  
Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad Complutense de Madrid

Stefan Zweig es uno de los escritores más leídos y divulgados del siglo XX y autor virtuoso de numerosas e inolvidables biografías, aunque nunca había sentido la tentación de contar a otros su propia vida. Pero él mismo nos explica las razones de este póstumo atrevimiento: «Han tenido que pasar muchas cosas —acontecimientos, catástrofes y pruebas—, muchísimas más de lo que suele corresponderle a una misma generación, para que yo encontrara valor suficiente como para concebir un libro que tenga a mi propio “yo” como protagonista o, mejor dicho, como centro».

En la mejor tradición judía de la memoria, la interpretación y transmisión de textos, cualidades que sin duda contribuyeron al éxito editorial de sus libros, **Stefan Zweig** (1881-1942) concluyó la última de sus obras —*El mundo de ayer* (publicado recientemente en Madrid, Ed. El Acantilado, 2001)— en la ciudad brasileña de Petrópolis en 1941, en plena guerra, en plena huida, y «sin nada que ayude a mi memoria». Hasta ese lugar había conseguido llegar, como un naufrago, huyendo de la barbarie y el horror nazi que estaban haciendo temblar los cimientos de una civilización en la que había creído y se había educado.

A lo largo de estos recuerdos que se van abriendo paso a impulsos de una memoria que ordena a sabiendas y excluye con juicio, Stefan Zweig nos introduce en una historia y un destino que no es sólo el suyo sino el de toda una generación que fue testigo de la más terrible derrota de la razón. Pero el autor de este relato no se atribuye más protagonismo que el de haberse encontrado —como judío, escritor, humanista y pacifista— precisamente allí donde los seísmos habían causado daños más devastadores.

Hallamos en estas páginas, escritas con la elegancia de estilo que caracterizó toda su obra, espléndidas y penetrantes reflexiones sobre el desmoronamiento del imperio austro-húngaro, en cuya capital había vivido y se había educado en el seno de una familia acomodada —hijo de un industrial judío y de la hija de una familia de banqueros— donde no cabía la sorpresa: «Todo el mundo sabía cuánto tenía o cuánto le correspondía, qué le estaba permitido y qué prohibido». Para aquellos jóvenes extraordinariamente cultos de su generación, Europa entera era una especie de balneario de placer y refinamiento, un lugar privilegiado donde se podía disfrutar gozosamente de la música, la literatura, los avances científicos o de las producciones artísticas del pasado y el presente. Desde el sólido imperio de los Habsburgo, aquella juventud dorada de educación clásica y refinado liberalismo, podía circular libremente por Europa y sentirse como en casa tanto en Viena, París o Moscú. Pero ese *mundo de ayer* que nos describe Zweig con cierta nostalgia proustiana, se perdería definitivamente tras el cataclismo de la primera gran guerra; el impacto de la revolución bolchevique y todo lo que vendría después, incluido lo que califica sin reparos, desde su posición de cosmopolita convencido, como «peste del nacionalismo» que de la noche a la mañana transformó Europa en un erial dividido por innumerables fronteras. Un panorama de desolación que T. S. Eliot supo captar en poesía al publicar en 1922, *La Tierra Baldía*, toda una épica sobre la desesperanza y frustración del mundo contemporáneo.

Sin embargo, el autor de estos recuerdos no se queja, no son éstas las memorias de un resentido, sino de un hombre libre en un sentido nuevo, como él mismo afirma, porque sólo un apátrida, el que a nada está ligado, a nada debe reverencia: «por eso mismo espero poder cumplir la condición *sine qua non* de toda descripción fehaciente de una época: la sinceridad y la imparcialidad».

Con este talante afronta Zweig estas *memorias de un europeo*, con cuyo subtítulo las presenta ahora El Acantilado en una nueva edición que mejora considerablemente la de 1953, sometida a la censura franquista. Se suprimió entonces el tercer capítulo —«Eros matutinus»— una reflexión sobre la represión sexual y la doble moral burguesa de su adolescencia, así como determinadas referencias a la guerra civil española o a las luchas callejeras en Viena, preludio de la ocupación nazi. La opinión ha sido unánime a la hora de restituir el prestigio del escritor vienés, algunas de cuyas novelas han vuelto a ser reeditadas (*Veinticuatro horas en la vida de una mujer* y *La piedad peligrosa*) y se exalta de nuevo su caudalosa producción literaria, así como la alta exigencia de calidad espiritual y moral que alumbró su escritura.

Las palabras preliminares, a modo de *prefacio*, resumen cabalmente la historia de un siglo del que todavía tendremos que aprender tantas cosas y cuyo relato se nos ofrece desde la visión profunda de un perdedor que se siente desterrado porque todo le ha sido arrebatado: «Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso —la monarquía de los Habsburgo— pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas.»

De todo este drama nos da cuenta este relato conmovedor tejido con los hilos de sus propias vivencias y los recuerdos de los muchos amigos y celebridades que tuvo el privilegio de conocer a lo largo de esa misteriosa trama del azar, destino y carácter con los que se forja una vida. La evocación de muchos de ellos y sus semblanzas componen las mejores páginas de este relato autobiográfico: desde su fortuito encuentro con el editor de la revista donde publicaría su primer trabajo poético y que resultó ser Theodor Herzl, conocido después por su empeño en construir una nueva patria para los judíos en la vieja Palestina; su incondicional relación con Romain Rolland; su admiración por Máximo Gorki; el entrañable y delicado perfil de Rainer Maria Rilke, o el divertido duelo intelectual en que se enzarzaban H.G. Wells y Bernard Shaw, sin olvidar su admirada pero crítica visión del colaboracionista Richard Strauss.

Pero sin duda, la evocación más dolorosa y emocionada es la que dedica a su larga y fructífera amistad con Freud, cuyo destino común les haría reencontrarse de nuevo en Inglaterra: «Fue uno de los grandes y felices días de mi vida aquel en que leí en la prensa que el más venerado de mis amigos, a quien yo creía perdido, había llegado a la isla y así regresaba del Hades».

Corría el año 1939 y Zweig rememora con amargura los avatares científicos que hubo de afrontar Freud, un símbolo de coraje moral, que ahora buscaba refugio en Londres huyendo de su patria a la que había dado fama por todo el mundo y a través de los tiempos. Durante los años vividos en Viena, conversar con Freud sería uno de sus mayores placeres intelectuales, pero recuerda sobre todo y con la mayor gratitud el valor insustituible de aquellas

largas conversaciones durante aquel año sombrío, el último de su vida. Para entonces era ya un anciano invadido por la enfermedad y el sufrimiento, pero a sus ochenta y tres años Freud seguía escribiendo cada día, incluso de noche, cuando el dolor le atormentaba el sueño. En uno de estos encuentros con el maestro del psicoanálisis, le acompañaría Salvador Dalí, quien le dibujó un esbozo mientras charlaban y que nunca se atrevió a mostrárselo a su amigo porque Dalí, clarividente, había incluido ya la muerte en él.

Stefan Zweig sería testigo de los últimos días de Freud y de su infatigable lucha contra el ocaso. «Sólo cuando él mismo, para quien la claridad había sido la virtud suprema del pensamiento, vio claro que no volvería a escribir ni a trabajar, como un héroe romano dio permiso al médico para que pusiera fin al dolor». Había dejado este mundo el 23 de septiembre, pero todo aquello que el autor de estas memorias temía más que a la propia muerte —la guerra de todos contra todos— se había ya desencadenado por segunda vez. La noticia le sorprendió cuando se encontraba, el 1 de septiembre, en el Registro Civil de la ciudad inglesa de Bath, tramitando los papeles de su segundo matrimonio con Lotte Altmann. Un funcionario joven había irrumpido en la sala y lo anunció a gritos poniéndose la chaqueta mientras corría: ¡Los alemanes han invadido Polonia! ¡Es la guerra!

Sin embargo, hacía ya tiempo que los jinetes de la guerra venían acelerando el galope. En el verano de 1936, cuando Stefan Zweig se disponía a emprender un largo periplo por los Estados Unidos, el barco que había zarpado de Southampton hizo una breve e inesperada escala en Vigo, donde pudo ver cosas que le llevarían al convencimiento de lo que amenazaba a Europa. Al parecer, y siguiendo su relato, delante del Ayuntamiento, donde ondeaba la bandera de Franco, estaban de pie y formados en fila unos jóvenes, en su mayoría guiados por curas y vestidos con ropas campesinas, traídos seguramente de pueblos vecinos. De momento no supo distinguir si eran obreros reclutados para un servicio de urgencia o parados a los que allí darían de comer. Pero al poco tiempo los vio salir del mismo Ayuntamiento completamente transformados, con uniformes nuevos y relucientes, fusiles y ametralladoras. A continuación y bajo la vigilancia de unos oficiales, fueron cargados en automóviles igualmente nuevos y relucientes para salir precipitadamente de la ciudad. Escenas parecidas ya las había visto antes, primero en Italia y luego en Alemania, así pues, los interrogantes desazonadores que le suscitaron las de Vigo, se precipitan ahora en su recuerdo: ¿quién proporciona y paga esos uniformes nuevos?, ¿quién organiza a esos jóvenes anémicos?, ¿quién les apoya a luchar contra el poder establecido?...

Son preguntas de un pasado que se hacen presentes ante las guerras desencadenadas y manipuladas que vienen agitando el mundo en que vivimos, aunque ya van siendo muchos los que han descubierto que, de tan informados, ya casi no podemos decirnos nada. En fin, esas armas y esos automóviles —terminará deduciendo nuestro testigo— tenían que haber sido suministradas desde el extranjero y sin duda habían cruzado la frontera desde la vecina Portugal. Pero ¿quién las había suministrado? y ¿quién las había pagado?

En la visión agustiniana del tiempo, *el presente de las cosas idas es la memoria*, pero en la tradición del judaísmo no importa tanto lo sucedido sino el *cómo*, y no es de extrañar que Zweig atribuya a estos hechos un interés patético y casi desesperado, como premonitorios de una prepotencia arrolladora e inaudita: «Era un poder nuevo que quería el dominio, el mismo poder que actuaba aquí y allá, un poder que amaba la violencia, que necesitaba la violencia y que consideraba debilidades anticuadas todas las ideas que nosotros profesábamos y por las cuales vivíamos: paz, humanidad, entendimiento mutuo. Eran grupos secretos, escondidos en sus despachos y consorcios, que cínicamente se aprovechaban del idealismo ingenuo de los jóvenes para sus ambiciones de poder y sus negocios».

Tres años más tarde de aquel verano de 1936 y a las cuarenta y ocho horas de aquella abrupta interrupción de su boda, la radio de Londres daba la noticia de que Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania, un mensaje que supondría la muerte para miles de los que escuchaban en silencio. Una vez más era la guerra, una guerra mucho más terrible y de peores consecuencias para los millones de judíos que fueron víctimas de la más absoluta impiedad. A partir de ese momento, Stefan Zweig ya no sería sólo un extranjero en aquel país, sino un *enemy alien*, un extranjero enemigo obligado a huir de nuevo a ese «no se dónde ir» que ya le resultaba tan familiar.

Mientras caminaba en una mañana radiante de sol, observó su propia sombra como una zona oscura de la que ya no se podría evadir, «se cernía sobre mis pensamientos noche y día». Tal vez, nadie se mataría hoy por *un mundo de ayer*, en el que uno se sentía confortablemente instalado, pero quizá en 1942 esa destrucción era todavía una tragedia suprema. Para Stefan Zweig todo parecía caminar hacia su muerte voluntaria, desde que en 1937 abandonara Alemania para convertirse en un ser errante y atribulado por la perplejidad. En febrero de 1942, el escritor y su esposa Lotte se quitaban la vida en la habitación de un hotel brasileño mientras la ciudad disfrutaba de la alegría orgiástica de sus carnavales.